

BAILE DE MASCARAS

□ JAVIER BELMONTE

JORDI ARBONÈS, traductor

Autodidacta –su primer aprendizaje del inglés fue por libre– y militante en la resistencia cultural catalanista bajo el franquismo hasta que en 1956 marchó a Argentina, Jordi Arbonès (Barcelona, 1929) tradujo luego al catalán

a autores como Henry Miller, Faulkner, Hemingway, Durrell o Nabokov y firmó también versiones de *bestsellers* tal que *Allò que el vent s'endugué*. Ahora ha vuelto, de visita.

“Juré no volver a traducir a Nabokov”

□ RICARD CUGAT

■ Jordi Arbonès, premio de traducción en prosa de la Generalitat en 1986 por su versión de *La fira de les vanitats* de Thackeray, anda estos días reencontrándose con su ciudad, a la que ha vuelto sólo cinco veces desde que se marchó, hace 33 años.

–¿Al exilio?

–Para casarme, porque la familia de mi novia –mi mujer ahora– se iba para allá. Nunca me he sentido del todo arraigado allí, pero tampoco se han dado las condiciones para volver.

–¿Porque el trabajo de traductor está mal pagado?

–Entre otras cosas. Trabajé en dos editoriales, hasta que hace un par de años me dediqué exclusivamente a la traducción.

–¿Henry Miller es quien más se le ha resistido?

–Es más difícil Nabokov. Traduje *Ada o l'ardor* y fue complicadísimo, tanto que me juré no volver a traducir a Nabokov.

–¿Cumplió?

–No. Traduje *L'encantador*, una cosa cortita que él había escrito en ruso y donde ya estaba el germen de *Lolita*. Pero no es un autor al que tenga ganas de volver. En cuanto a Miller, es difícil porque tiene muchos niveles, de repente pasa del vulgar o coloquial a otro erudito. Con Miller tuve abundante correspondencia y en 1980, cuando hice mi primer viaje a Barcelona, estuve a punto de ir a verle a Estados Unidos, pero ya estaba muy mal de salud y murió poco después.

–Eso de aprender inglés por libre...

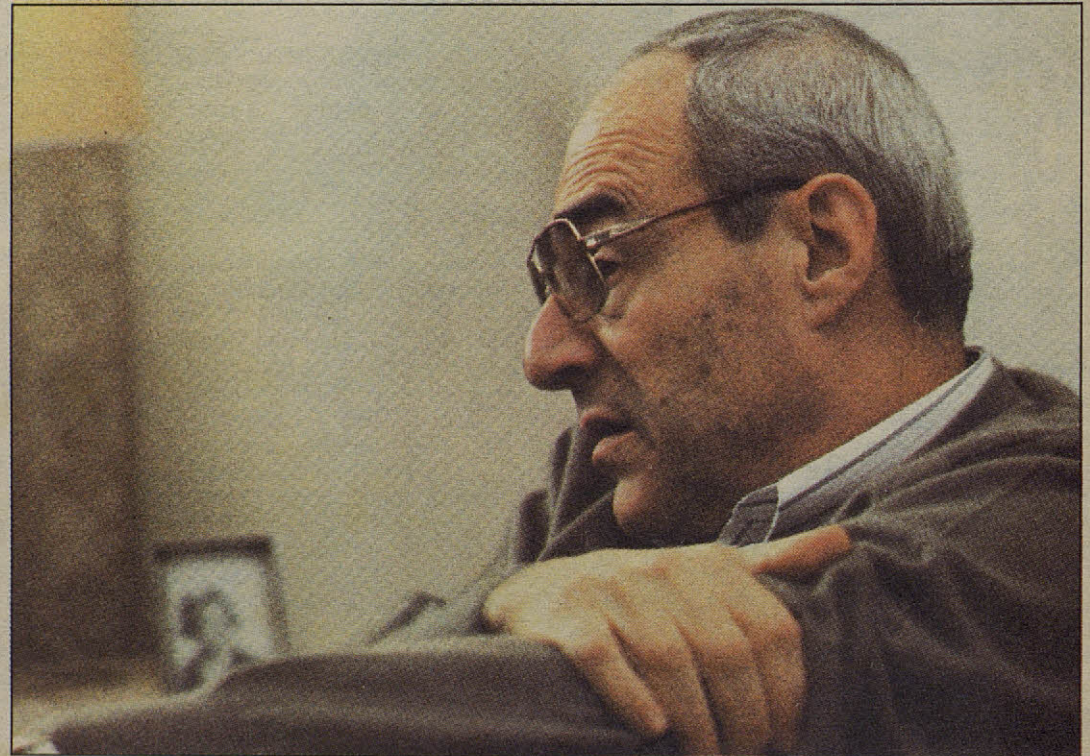
–Honestamente, cuando he de hablar inglés me cuesta. Mi conocimiento es literario, a fuerza de leer mucho. En 1983 coincidí en Barcelona con Gore Vidal, que había sido invitado por Proa para presentar *Washington DC*, nos sentaron juntos y prácticamente no supe ni qué decirle. Además, imponía su presencia profesoral, y con lo tímido que soy...

–E intuitivo, para traducir.

–Más que nada, tampoco creo demasiado en otras cosas. A traducir, como a escribir, no se enseña.

–¿Escribe?

–Entre otras cosas, una obra



Arbonès lleva 33 años traduciendo del inglés al catalán desde Argentina.

sobre el teatro catalán de posguerra, que me criticaron mucho y, antes, censuraron porque mi reflexión final iba en la línea de la independencia, de que era indispensable un Gobierno y un Estado para el desarrollo natural o normal de la cultura catalana.

–¿Sigue pensando lo mismo?

–Me preocupa la lengua. Se ha avanzado en la escuela, a los chicos se les enseña catalán, pero veo que en la calle utilizan el castellano. En la calle aún prima el castellano. Y no sé si esos jóvenes leerán luego en catalán o si solamente lo hacen en la escuela porque allí se lo imponen. La cosa sería muy distinta si el catalán fuera la única lengua oficial.

–¿Qué más referente a la lengua le ha sorprendido aquí?

–La fuerte influencia del castellano sobre el catalán: las vocales muy abiertas que se hacen cerradas, las eses más fuertes... En cambio, en la televisión suelen hacerlo bastante bien. Sin entrar en esas polémicas sobre catalán estándar, catalán *light* y todo eso, creo que si en el periodis-

mo oral se escapa algún que otro barbarismo no es tan grave, mientras que en el escrito habría que ir con más cuidado.

–No todos están de acuerdo.

–Si en la escuela les enseñamos a decir *vaixell* y después todos decimos *barco* pese a que *vaixell* tenía una tradición... También la gente estaba acostumbrada a decir *estat* y ahora todo es *sigut*. Estoy de acuerdo en que no debemos hacer de la normativa un corsé, pero tampoco hay necesidad de utilizar castellanismos sistemáticamente.

–Hay quien dice que el contacto enriquece a las dos lenguas.

–Creo que las dos se adulteran. No es un secreto que aquí el castellano se habla muy mal.

–¿Ha traducido alguna vez al castellano?

–Hace unos años, cuando, tras la inflación de traducciones al catalán, las editoriales decidieron que convenía publicar a los autores de aquí. Flojeó el trabajo y yo traduje al castellano cosas que no tenían demasiada complicación, la Corín Tellado americana, vamos. Pero no traduciría a

Miller o a Dickens, con quien estoy ahora, por respeto al autor. Uno debe traducir a su propia lengua por una cuestión de sensibilidad y por ciertas conexiones que debe de haber entre las neuronas.

–¿Le afecta la crisis que se vive en Argentina?

–No se escapa nadie, y menos los modestos, que es mi caso, porque ni fui para hacer las Américas ni me he dedicado a la especulación financiera, importante fuente de fortunas personales allá. Ves caras de hambre por la calle y lo peor es que aquello parece un pozo en el que nunca se va a tocar fondo. La situación es grave.

–¿Como para marcharse?

–Allí la gente no se marcha, huye. La crisis es motivo, como lo fueron los militares –y ahora, las figuras siniestras de Rico y Seinfeldin...– o la guerra de las Malvinas –un hijo mío estuvo a punto de ir–, pero hay lazos, sobre todo familiares, que me retienen. Lo que no quiere decir que no pudiera llegar una situación en la que saliera nadando.